

# Aporte de la Conferencia Episcopal Peruana a la reunión de Puebla

---

Desde el principio quiero precisar el alcance del presente trabajo. No se trata de una recensión crítica, ni de un estudio exhaustivo del Documento del Episcopado. Solo intento motivar y ayudar a la lectura del mismo, destacando algunos temas, que por la forma como se tratan o por la importancia que tienen para la vida de la Iglesia merecen una atención especial. Ojalá logre ese objetivo sin tergiversar el sentido que quisieron dar al citado Documento quienes contribuyeron a hacerlo posible.

---

## Introducción

Cuando este artículo sea publicado, ya se conocerán las orientaciones pastorales de la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, lo estoy redactando los días en que se inaugura dicha reunión. Considero que independientemente del resultado de la Asamblea de Puebla, que esperamos sea el mejor para nuestras Iglesias, el Documento del Episcopado Peruano tiene un gran valor no sólo de cara a Puebla, sino también para la vida de las comunidades cristianas en el Perú.

Se trata de un Documento en el que los Obispos, además de sus aportes personales, procuran recoger el fruto de las reflexiones e intercambios de comunidades cristianas a diversos niveles: grupos cristianos, parroquias, vicarías pastorales, diócesis, Asambleas Episcopales Regionales. El Documento constituye un eslabón más en la historia de nuestra Iglesia en sus esfuerzos por ser fiel al Señor en el servicio al pueblo peruano.

## I. ALGUNAS OBSERVACIONES GENERALES

La primera impresión que causa la lectura del aporte de la Conferencia Episcopal del Perú para Puebla es de ser algo realmente nuestro; en él palpita toda la vitalidad de nuestra Iglesia y los agobiantes problemas y esperanzas del pueblo, tratados en forma objetiva. Tal vez, con excesiva moderación en algunos casos; en concreto, por ejemplo, al hablar del llamado proceso peruano se habría podido presentar un juicio más severo.

La III parte del Documento, Acción Pastoral de la Iglesia, resulta un poco más pobre, tal vez por el cansancio de última hora o la escasez de tiempo para tratar temas tan amplios.

La parte doctrinal del Documento —algo desigual en orientación y contenido— “ayuda a creer”, como me decía un amigo. Se hacen verdaderos esfuerzos para iluminar desde la fe la problemática presentada en la primera parte y orientar el

compromiso de las comunidades cristianas dentro de ese contexto.

Se señalan, además, formas renovadas de hacer teología; se habla de "una teología dinámica y vital, que ilumine la vida de las comunidades cristianas" (398), "de unas realidades temporales que deben ser objeto de una reflexión teológica (338-339), de una teología que también se nutre de la experiencia de fe de las comunidades cristianas, que en comunión con sus pastores viven la praxis de un testimonio evangelizado en el mundo. En contacto con ellas, los teólogos descubren nuevas exigencias a las verdades inmutables de la fe" (398).

Ciertamente, esa manera de hacer teología contrasta con una reflexión teológica demasiado abstracta, sin relación crítica con los problemas reales del pueblo, y pretendidamente neutral frente a los sistemas económicos y políticos. Aceptar como lugar teológico la vida de las comunidades cristianas, su compromiso y experiencia de fe, cuestionar desde ellas, ayudados por las ciencias sociales, los sistemas económicos que se oponen a las exigencias de la fe, no es, como algunos pretenden, reducir la teología a la sociología, sino tratar de descubrir todo la fuerza cuestionadora de la Palabra de Dios en situaciones sociales y políticas concretas.

La verdadera teología no trasciende la historia tratando de evadir su conflictividad o presentando la concepción de un Dios anistórico, sino asumiendo esa misma historia e impulsándola hacia perspectivas siempre renovadas. Una Teología desencarnada, que no sabe dar una respuesta desde la fe a las situaciones más acuciantes que vive el pueblo —hambre, injusticia, represión...— no es cristiana. "No se puede hablar de pobreza en abstracto, dicen los obispos, ni olvidar el hecho histórico, verdadero signo de los tiempos, de que América Latina es un continente de pobreza. Esa situación plantea la necesidad de una teología con dimensión histórica, que tenga en cuenta este hecho tan dramático, y que ilumine y oriente la acción evangelizadora precisamente desde esta situación" (425).

Debe destacarse, también, la justa valoración que hace el documento de la Asamblea y acuerdos de Medellín así como de la vitalidad eclesial en estos diez últimos años. Las citas de Medellín abundan en el documento de los obispos; transcribo aquí sólo una de ellas: "Es alentador poder constatar que, desde Medellín, la Iglesia en América Latina ha profundizado el compromiso con los pobres. La reflexión teológica y la acción de las comunidades cristianas avanzan decididamente en esa línea. Y la prueba más clara de ese avance es la persecución que no pocos cristianos están padeciendo en distintos países" (529). Medellín fue como un signo profético de las comunidades cristianas, ayudándonos a vivir la fe comunitariamente, a celebrar la liturgia en conexión vital con la realidad concreta, a comprometernos más con los anhelos de justicia del pueblo, etc. (Cfr. 133-134...).

Al tratar la realidad socioeconómica, es de destacar la importancia que se confiere a las ciencias sociales, "que deben ser utilizadas con espíritu crítico", para poder descubrir en qué medida el orden económico y social está en desacuerdo con la voluntad de Dios (Cfr. 26-27-28-399-425-664...).

Y es que el acercamiento ingenuo o superficial a la compleja realidad que nos rodea puede conducir a una reflexión teológica y orientaciones pastorales desencarnadas, que no ayuden a la vida de fe y compromiso de los creyentes. A partir de una mala concepción de la economía se hace una mala teología. Una falta de claridad en el campo político, o una pretendida neutralidad o apoliticismo, nos puede conducir consciente o inconscientemente a ser objeto de la más grosera manipulación.

## II. ALGUNOS TEMAS ESPECIFICOS

### 1. La Iglesia

La Iglesia continuadora de la misión de Jesús, signo de la unión con Dios y de los hombres entre sí, comunidad responsable y jerárquica, una pero multiforme en sus expresiones históricas en medio de los

distintos pueblos y culturas, con sus carismas y dones del Espíritu que la anima, es presentada por el Documento como una Iglesia dinámica, comprometida con los pobres, abierta al futuro lleno de esperanza.

"Dentro de la realidad de América Latina comienzan a surgir nuevas experiencias eclesiales, inspiradas en el Vaticano II y Medellín... La Iglesia se renueva y aparece cada vez más claramente como un signo visible de la presencia del Espíritu, que la convierte, y la asiste fielmente en la historia de la liberación integral en el Perú" (122-123).

Una Iglesia que acompaña al pueblo con documentos, declaraciones y gestos; en la que cada vez son más los seglares que se sienten agentes responsables de la Evangelización, quienes por sus palabras y acciones denuncian todo lo que en la sociedad atenta contra el plan divino, y anuncian la presencia del Espíritu del Señor en los esfuerzos del pueblo por hacer posible en la sociedad que los hombres vivan con la dignidad de hijos de Dios y hermanos en Cristo (Cfr. 135-141-154).

Esta Iglesia, Pueblo de Dios, se realiza de una manera especial en las comunidades cristianas de base, que en íntima unión con sus pastores viven insertas en la gran masa del pueblo, tratando de ser "Iglesia pobre" e "Iglesia de los pobres". La vida de estas comunidades, el testimonio de muchos de sus miembros, su experiencia de fe, reflexión teológica, constituye un relevante capítulo de la historia actual de la Iglesia y un aspecto importante de nuestra Eclesiología (Cfr. 501, 505, 496...).

Una Iglesia que necesita convertirse, porque no ha tomado suficientemente en cuenta, por circunstancias históricas determinadas, la integración de las tres dimensiones de la evangelización —histórica, comunitaria, cultural—, poniendo casi todo su énfasis en esta última. Pero existen signos esperanzadores de cambios en la Iglesia:

— Numerosas comunidades cristianas que impulsadas por la fe realizan verdaderos esfuerzos para lograr la liberación in-

tegral de los pobres y oprimidos.

- Pronunciamientos de la Jerarquía ante situaciones de injusticia.
- Documentos de la Conferencia Episcopal ante situaciones muy concretas
- Redescubrimiento de la dimensión profética en comunidades cristianas insertadas en el pueblo.
- Se ha progresado en el afianzamiento de organismos oficiales de la Iglesia para fomentar la corresponsabilidad. En especial se considera muy positivo haber integrado a representantes del Pueblo de Dios en las Asambleas Episcopales nacionales y regionales (Cfr. 284, 286 137...).

En ese proceso de renovación de la Iglesia los pobres deben estar presentes. "Los pobres han estimulado la conversión de la Iglesia. El amor a los pobres, la solidaridad con ellos, han promovido siempre en ellos frutos de santidad. No conocer a Jesucristo como hermano y defensor de los pobres equivale a no conocerlo. Del mismo modo, sólo una Iglesia pobre y defensora de los pobres puede ser la Iglesia de Jesucristo" (434). "Grupos de cristianos comprometidos en la superación de la violencia institucionalizada, que sufren nuestros países, han enriquecido a la Iglesia en su espiritualidad y reflexión teológica" (501).

Nuestra Iglesia se distingue por la búsqueda de la unidad. "Los pastores y las comunidades que ellos presiden y animar procuran avanzar juntos buscando una mayor fidelidad a Cristo. Ese empeño por una mayor unidad se manifiesta especialmente por la actitud dialogante y discernidora de la mayoría de nuestros pastores y su capacidad por asumir las críticas positivas (Cfr. 139, 140, 507).

Es por eso que entre nosotros no tiene sentido hablar de Iglesia paralela, a no ser que sea en referencia a algunos de esos pequeños grupos, que por su indiferencia frente a los problemas reales del pueblo, y por la utilización que hacen de lo religioso para respaldar sus privilegios, llegando, incluso, a la calumnia descarada de la Jerarquía, resulten algún día verdaderas sectas

de Iglesia paralela por sus intereses y actitudes opuestas a los intereses de los pobres, los predilectos del Señor y de la Iglesia.

Por otra parte, la unidad se descubre como una tarea; la unidad no se consolida sólo en la confesión de unas verdades y la observancia de una disciplina, sino en la búsqueda continua de la voluntad del Padre, con humildad y espíritu de discernimiento. La unidad, en definitiva, es un don escatológico; es decir, de aquellos que sólo alcanzaremos plenamente en el Reino. Y en duro peregrinar de la Iglesia nos vamos acercando a esa unidad en la medida en que con todas nuestras fuerzas tratamos de ser fieles al Señor.

## 2. La pobreza y los pobres

Realmente el Documento confiere a ese tema la importancia que merece, ampliando los aportes de las bases.

Un primer dato es que los Obispos señalan las causas de la pobreza, distinguiendo entre causas primarias y causas derivadas.

La causa principal de la pobreza continúa siendo todo "el mecanismo de dependencia externa y dominación interna —íntimamente vinculadas— del sistema capitalista liberal vigente, que impide a nuestro con-

tinente el surgimiento de un país con su propio proyecto histórico de cambios cualitativamente distintos" (271).

"Los modelos de desarrollo ensayados en las últimas décadas en América Latina han contribuido a ahondar la brecha entre ricos y pobres, en clara contraposición con las exigencias de la fe cristiana y las enseñanzas de la Iglesia" (Cfr. 274-277).

En el Documento también se señalan diversas causas de pobreza:

- La pobreza como carencia de lo necesario para vivir, considerada como un mal, por lo general es fruto de la injusticia y contraria a la voluntad de Dios.
- La pobreza que se asume por amor, como signo de solidaridad con los intereses y aspiraciones de los pobres y como testimonio de libertad frente a los bienes de este mundo.
- La pobreza espiritual, como actitud de abertura y confianza en el Señor, disponibilidad y fidelidad a las exigencias del Reino.

Me parece importante presentar esa distinción, porque la Iglesia en su trabajo pastoral, desde su rol, tendrá que luchar por desterrar la miseria que impide el desarrollo del hombre, sin proponerse como



alternativa una sociedad consumista y competitiva, sino intentando lograr que las personas adopten una escala de valores basada en la solidaridad y disponibilidad, que realmente posibilite una nueva sociedad.

Sin embargo, esas distinciones me parece que no quieren indicar que Dios tiene predilección por el pobre porque éste es bueno, sino simplemente porque es pobre, la pobreza-miseria denuncia la ausencia del amor de Dios entre los hombres. Dios no puede manifestarse de parte de quienes son los causantes de la pobreza, ni de forma neutral frente a esa situación. En la Biblia hay buenas noticias para los pobres y sólo para los ricos que, como Zaqueo, renuncian a sus privilegios y riquezas para poder entrar en la perspectiva del pobre.

Por eso los obispos afirman "que no se puede predicar la pobreza de Espíritu para tranquilizar la conciencia de los ricos" (419).

La opción prioritaria por los pobres es una exigencia de la fe en el Dios de la Biblia, que a través de la historia de la Salvación se manifiesta siempre de parte de los pobres. La liberación de la esclavitud de Egipto, los derechos de los pobres promovidos y defendidos en el código de la Alianza, la predicación de los profetas en favor de la justicia, las palabras y acciones de Cristo, la experiencia de las primeras comunidades cristianas, que los obispos recuerdan con profusión de citas, ponen en evidencia esa verdad.

"De ahí que nuestro compromiso con los pobres no tiene raíces en lo meramente económico y mucho menos político, sino en lo religioso y trascendente" (530). La opción por los pobres desde la fe cristiana no es cuestión de gustos, ni sólo de posición política o proyecto histórico; optar por los pobres es la única forma de amar al Dios de Jesucristo que se revela como Padre de todos y quiere para todos "el pan de cada día".

Sin embargo, "no sólo de pan vive el hombre". Las comunidades cristianas

populares, la teología de la liberación que a partir de su compromiso y experiencia de fe se va elaborando, no caen en fáciles reduccionismos economicistas o sociológicos, como pretenden algunos de los más pertinaces detractores de esos sectores de Iglesia. Sabemos muy bien que la Salvación no se reduce a lo económico, político y social, ni se agota con los mejores logros a esos niveles. Pero la Salvación cristiana tampoco se realiza al margen de esas realidades donde el hombre trabaja, sufre, ama y cree; una liberación cristiana necesariamente incluye las citadas dimensiones, asumiéndolas, cuestionándolas e impulsándolas hacia la plenitud del Reino con toda la fuerza transformadora de la Palabra de Dios.

### 3. Los pobres agentes de evangelización

Los pobres no sólo son los destinatarios privilegiados del mensaje de Jesús, sino agentes de trasmisión de ese mensaje. "El compromiso de la Iglesia con los pobres y oprimidos y el incremento de comunidades cristianas de base en medios populares, a partir de Medellín, la han llevado a descubrir el carisma evangelizador del que los pobres son portadores: en cuanto que la interpelan constantemente llamándola a la conversión y en cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios" (439).

"En efecto, los pobres son los que más pueden aportar a la construcción de la nueva sociedad: son los que más sufren la injusticia, los que más anhelan los derechos humanos, tienen energías latentes que hay que despertar" (401).

"Los pobres, en el sentido pleno de la palabra, son los auténticos servidores del Reino de Dios. Ellos, uniendo el amor a Dios y el amor a los hombres, confían en el Señor y no en las riquezas, viven austeramente, en fraterna comunión con sus semejantes, comparten con ellos los bienes terrenos y buscan tenazmente, pero sin apelar a la violencia homicida, un modelo de sociedad en que vaya haciéndose realidad el Reino de Dios "que ya está miste-

riosamente presente en Nuestra tierra" (423).

#### 4. Opción por los pobres y experiencia espiritual.

Es muy importante que un documento teológico sobre evangelización incluya un capítulo dedicado a espiritualidad.

Muchos estamos convencidos de que no es posible evangelizar sin una profunda experiencia espiritual; es más, la evangelización en sí es transmitir sobre todo una profunda experiencia espiritual, una experiencia vivencial de Dios, de fidelidad al Espíritu. Tampoco puede hacerse teología cristiana, si no adoptamos frente a la realidad y la Palabra de Dios una actitud creyente y orante.

El Documento presenta la espiritualidad como una fecunda síntesis unitaria de la fe-compromiso: "La espiritualidad a que aspiramos es la "vivencia según el Espíritu Santo", presente en la historia y en la vida de cada hombre, que lleva a integrar fidelidad a Dios y compromiso con los hombres, acción y contemplación; individuo y comunidad, vida interior y exterior, amor a Dios y amor al prójimo... en una unidad existencial, que dé cohesión al ser y actuar del cristiano y autenticidad convincente a su testimonio" (602).

En el proceso de inserción en el mundo de los pobres se experimenta una conversión progresiva; se nos cuestiona una escala de valores, las relaciones sociales, familiares y afectivas, nuestro estilo de vida, nuestros proyectos para el futuro. En definitiva, muere el hombre viejo, establecido, lleno de ambiciones y seguridades del mundo malo. Al mismo tiempo, experimentamos la renovación de la "mente y corazón" de que habla San Pablo; vivimos la fe con más sencillez y profundidad, sentimos a Dios más cercano, se trastornan nuestros proyectos, se asume un estilo de vida sencillo. Va surgiendo una espiritualidad renovada: revalorización de la biblia como libro de la historia de un pueblo creyente, libro de oración, de vida militante, sobre todo libro del Señor Jesús;

las celebraciones eucarísticas y de otros sacramentos se vuelven más vivenciales y exigentes; van surgiendo nuevas formas de vida contemplativa, que intentan descubrir la presencia del Señor en medio de las luchas y conflictos de la vida de los pobres, que tratan de ser fiel a ese Señor y celebrar esa transformadora presencia. Desde una opción por los pobres se redescubre todo el sentido y radicalidad de las exigencias del Reino: valores como el celibato y diversas formas de vida religiosa recobran un sentido más profundo.

Desde el mundo de los pobres, donde la muerte por hambre, falta de medicina, represión, nos golpea con frecuencia, se comprende y se asume plenamente el sentido del último párrafo del capítulo V del documento de los obispos: "Nuestra predilección por los pobres y oprimidos nos debe llevar a estar dispuestos al martirio, es decir, a entregar la vida por la fe en la Resurrección y a derramar la sangre por defender a los pobres frente a los poderosos de este mundo, de tal manera que nuestro testimonio no desmaye ni por los titubeos de la mayoría, ni por la infidelidad de muchos, ni por las contradicciones ni aun por la persecución" (631).

#### 5. El pecado

Las relaciones entre los hombres no transcurren solamente a nivel sociológico, por muy condicionante que este puede ser. Actúa también el pecado, es decir, la capacidad que tenemos todos de cerrarnos al amor de Dios y de los hermanos, pervirtiendo y distorsionando los mejores proyectos, abusando de las personas. Desconocer esa capacidad en el hombre, es desconocer las zonas más profundas de la persona; se conjuga en el hombre un insondable misterio de amor y egoísmo. El Documento denota una sana preocupación por destacar esa realidad del pecado (29, 70, 281, 332, 358, 492, 578, 632).

Con frecuencia, el pecado, al igual que otros contenidos de la fe cristiana, ha sido presentado de una forma casi exclusivamente intimista e individual. Sin descuidar esa dimensión fundamental, en el Docu-

mento se amplía el concepto, descubriendo todo el sentido del pecado. Se habla del "pecado que anida en el corazón del hombre y que se afianza y cristaliza en nuestra sociedad mediante las estructuras injustas"; "situación de pecado, que se expresa principalmente en la pobreza y la opresión".

No se trata, por lo tanto, sólo del egoísmo que puede esclavizar a una persona aisladamente. Debemos descubrir la malicia de una situación de pecado, en la que todos estamos implicados de alguna manera, y que afecta todas las dimensiones de la vida humana, manipulándolas y pervirtiéndolas. Vivimos en una sociedad en la que el pecado es promovido, sutilmente organizado, legalmente defendido; tal es, en efecto, una sociedad en la que se trafica con el pan y la medicina del pueblo, y se promueve el alcoholismo, la droga y la prostitución. Vivimos amenazados por el pecado enquistado en las estructuras de una sociedad corrompida y que corrompe.

Siendo así, luchar contra el pecado no consiste sólo en tratar de convertir mi vida, dominando mis egoísmos; también es necesario tratar de desmontar unas estructuras sociales, que prolongan una situación de pecado que embrutece las relaciones económicas, familiares, políticas y hasta las expresiones culturales y religiosas del pueblo. De ahí, también, que la lucha de muchos cristianos en el campo político-social es también una lucha contra el pecado en sus manifestaciones más nefastas. Y los sacerdotes y obispos, que proféticamente denuncian las injusticias y atropellos no se excusan en su misión; luchan contra una situación real de pecado, que a algunos les resulta muy difícil descubrir o no quieren reconocer.

## 6. Conflicto social y violencia

"No podemos pasar por alto, dicen los obispos, los enfrentamientos en nuestro continente. Vivimos en una sociedad dividida en clases y grupos antagónicos. Los cristianos no podemos subestimar ni tratar de encubrir esa lucha prestándonos en medio de nuestra sociedad como fáciles conciliadores"... más bien toca a nuestra

misión atacar las causas profundas de esa situación para lograr una auténtica paz social (Cfr. 72).

A continuación los Obispos señalan diversos tipos de violencia:

- La "violencia institucionalizada, que procede del mismo poder económico y político, de los grupos de presión...
- La violencia de los oprimidos, es decir la reacción social contra la injusticia.
- La violencia terrorista, que constituye una forma especial y creciente de patología social...
- La violencia represiva del poder público...
- La violencia que algunos atribuyen a la agudización de la lucha de clases.

"La violencia popular con frecuencia no es ni pretende ser sangrienta. En muchos casos podría calificarse más exactamente de contra violencia defensiva pues, como último recurso, trata de defender los derechos fundamentales de la vida, la libertad, el trabajo, etc., y de abrir camino a la construcción de una sociedad no violenta".

En cambio la "violencia institucionalizada, en diversos países de América Latina, se ha hecho más cruel y agresiva en el último decenio, llegando a suscitar mártires en nuestras Iglesias, y amenaza provocar "la revolución explosiva de la desesperación" de millones de pobres del continente" (72).

## CONCLUSION

Pueden destacarse otros aspectos importantes del Documento: el uso frecuente del término liberación en el sentido integral, como lo viene haciendo desde hace tiempo la corriente más representativa de la teología latinoamericana, la positiva valoración de las comunidades cristianas de base en sectores populares; la abundancia de citas bíblicas, del magisterio pontificio y episcopal, que contribuyen, con otros elementos, a la solidez doctrinal del Documento; la

clara condena del capitalismo y de ciertas formas de "socialismos" históricos por su carácter ateo y burocrático...

No obstante ciertos aspectos menos logrados en el Documento, explicables por muchas razones, el aporte de los Obispos Peruanos a la III Conferencia del Epis-

copado Latinoamericano entrará a formar parte de los grandes documentos del Magisterio de la Iglesia Peruana en los últimos años.

Juan Riera

